

Editorial

La crisis actual incluida la crisis financiera que Europa sufre como ayer la sufrieron los países latinoamericanos, no se debe a meras "innovaciones" comparables a las que, hasta mediados del siglo XX, perfeccionaron, a veces de manera sorprendente, los instrumentos de producción y administración financiera.

En un movimiento mucho más amplio y profundo que aquella, surgen un conjunto de hechos que inauguran una verdadera mutación que cambia radicalmente la naturaleza misma de los procesos de producción y organización administrativa y financiera. Los elementos básicos en el orden de la producción, ya no son únicamente los productos disponibles en la naturaleza, sino también los materiales compuestos creados en laboratorio, incluida la vida misma.

Los instrumentos administrativos y contables ya no son simplemente máquinas que prolongan y amplifican el esfuerzo físico del obrero o del administrativo de camisa y corbata cuyo trabajo alivian, sino sistemas informatizados que multiplican las capacidades del cerebro humano (en ciertas dimensiones de lo real), y expulsan al trabajador manual de su taller y al administrativo de pluma y visera, de su escritorio o ventanilla de atención al público.

El motor social no sólo es la energía (carbón, electricidad) sino aquello que abarca el ambiguo término "informaciones", almacenadas y tratadas por computadora y luego transmitidas a la máquina por orden electrónica.

El desarrollo lineal del pensamiento le permitía al hombre, adaptarse a los cambios cuantitativos introducidos por "innovaciones" que, por espectaculares que hayan sido, eran parte de un progreso también lineal. Pero hoy esta actitud intelectual ubica al hombre y a la sociedad en una situación falsa en cuanto tienen que enfrentarse con "mutaciones" cualitativas que sólo son percibidas en relación al éxito o catástrofe económica.

Para colmo, esta explosión de conocimiento desembocó más rápidamente que nunca en aplicaciones prácticas, en tecnologías nuevas que se incorporaron muy rápidamente en la esfera de lo cotidiano, proezas que competían hasta entonces en la ciencia-ficción.

Los instrumentos conceptuales y físicos hasta ayer disponibles no fueron "mejorados", son otros. Los nuevos instrumentos de comprensión y de intervención no se limitan a prolongar los que el hombre disponía anteriormente: se sitúan en otra esfera, en otra percepción del universo, prodigiosamente extendida y más compleja por el aporte de todas las disciplinas, de la genética a la astrofísica. Hasta en la vida cotidiana lo demuestran ciertos objetos que, ayer impensables, no son ahora menos usuales.

Por lógica y coherente que sea la trayectoria, indica menos una evolución acelerada que una verdadera ruptura, tanto en el orden del conocimiento de la materia como en el orden de los medios que permiten transformarla. Toda tentativa de dominar las consecuencias de esa ruptura reclama necesariamente otras rupturas en múltiples esferas de su organización política y económica, en la jerarquía de valores en que se basa una ética, en la definición de las relaciones entre el individuo y sus semejantes, y en el Estado-Nación como eje de la organización del mundo que parece desvanecerse.

Frente a este horizonte cerrado y unidimensional emergen múltiples opciones hacia horizontes más complejos que involucran grandes riesgos, pero también nuevas oportunidades que desafían la imaginación y el pensamiento. Pareciera que entre la desolación y el nihilismo, consecuente de la crisis de ciertas utopías, y el desafío de los nuevos signos del devenir de la humanidad, nace por defecto o carencia, la necesidad de un pensar y un hacer más adecuados y oportunos a la escala y la complejidad de los acontecimientos del presente.

Hoy la perplejidad y el temor frente a los cambios agregan un nuevo ingrediente de conflictividad al conjunto de obstáculos para el conocimiento, la disfuncionalidad creciente entre la autonomía de la producción y la autonomía de la gestión política. Es cierto, sin estos obstáculos y su continua trasgresión no habría conocimiento, pero el esfuerzo que ello implica, impulsa a muchos hacia la intemperie de los fundamentos de sus propias creencias con la finalidad de ensayar alternativas y renovar sus visiones sobre la realidad en general sin embargo ello no es fácil ni directamente proporcional a la urgencia del desafío.

Si bien es posible encontrar numerosos esfuerzos tendientes a la búsqueda de nuevos ensayos de pensamiento y de nuevas modalidades de gestión de la vida social humana, no sucede lo mismo cuando la preocupación consiste en encontrar respuestas al siguiente interrogante: ¿cómo ha de pensarse y cómo ha de gobernarse a los hombres en el mundo que hoy deviene, cada vez más ingobernable e inestable, a pesar de nuestros esquemas e instituciones otrora eficaces y hoy, cada vez más cuestionadas y fuera de escalas? La pregunta por el mundo que deviene remite a la pregunta por el devenir pensamiento del mundo. En ella, se sitúan como desafíos impostergables el problema de la gobernabilidad de la humanidad y el problema del rol y la eficiencia de los estados y las corporaciones financieras, tecnocráticas y de producción. La recursividad de estos problemas e interrogantes es apenas soportable pero inmensamente rica y desafiante.

En medio de todos estos desafíos, la libertad y la dignidad del ser humano contemporáneo, en los países desarrollados, no es menos problemática que en los países subdesarrollados. En los primeros por saturación y desenfreno, en los segundos por carencias extremas e inmovilidad social. Los hombres sufren la contradicción resultante del disloque entre el orden económico, el orden político y el orden cultural, sitiados, a su vez, por fuerzas endógenas y exógenas, en cada uno de estos tres niveles, que hacen de las tensiones y los conflictos permanentes, los detonadores potenciales de cualquier desestabilización social con las consecuente emergencia de nuevas y viejas

enfermedades acompañadas de fuertes desequilibrios emocionales. Los datos estadísticos del consumo de los sectores sumergidos en los países asiáticos son meros analgésicos de una enfermedad que se repite y prolonga: la vida parásita y zombie sobre el planeta y una escala de vida humana que ya no resiste más de lo mismo.

Muchos hombres se encuentran en un estado de intemperie entre la inercia de las viejas actitudes y aptitudes, a las cuales han renunciado, y la creciente lucidez de un sujeto cultural que asume como desafío la búsqueda de una calidad de vida, que más que un camino de salvación económica en un futuro imprevisible, signifique un grado de libertad y sosiego en un presente fugaz y en un futuro incierto. El hedonismo en el orden de la cultura, el eficientismo y desarrollismo en el orden económico y la tecnocracia (o su contracara, el clientelismo político) no son criterios felices hoy para la búsqueda del consenso y la autoridad en el ejercicio del gobierno de los pueblos. El soberano educado o no, sigue esperando un papel protagónico en la gestión de su propio destino político y social local y planetario.

En este nuevo orden caótico en el que la noción de accidente es relevada por la de catástrofes de decisión, hijas de la racionalización ciega y del progreso lineal, necesitamos como nunca antes en la historia de la humanidad afrontar un desafío inédito: dominar nuestra propia dominación, que como en un gran Pañol de Herramientas, pone a nuestra disposición todas las herencias teóricas y prácticas, trágicas y virtuosas a nuestro alcance. Tan solo necesitamos saber cuáles elegir.

El punto que para esto no basta con la lógica individual del “Hágalo Ud. Mismo”. En estos complejos contextos, resulta necesario recontextualizar permanentemente tradiciones y herencias. Para ello necesitamos salir de la concepción solipsista del sujeto que se autoproduce y consume, dejar de ser prosumidores y volver a ser personas, recordando que persona proviene de *personae*: lo que resuena detrás de la máscara.

El Director